

CARTA PASTORAL NÚMERO 9

- El progreso es un concepto que indica la existencia de una mejor condición humana; es gradual y generalizado, en los aspectos económico, social, moral, científico, cultural, etc.
- Monseñor Builes no estaba contra el progreso, siempre y cuando se hiciera respetando el orden natural y sobrenatural establecido por Dios. Por eso, en esta pastoral, advierte sobre los peligros de un progreso basado solamente en lo material. Fue una voz de alerta que desatendieron en su momento, pero que hoy, cuando ha pasado el tiempo, vemos las nefastas consecuencias de un progreso mal orientado.

2 de febrero de 1929

LOS PELIGROS DEL PROGRESO

Monseñor Miguel Ángel Builes

Obispo de Santa Rosa de Osos

Ha sido costumbre, y como una obligación de los preladados de la Iglesia, dirigir cada año, con ocasión de la Cuaresma, una instrucción pastoral al clero y a los fieles de sus respectivas Diócesis. Nos hemos puesto a meditar hondamente para ver cuál de tantos puntos de doctrina que necesita el pueblo refrescar en su memoria le trataríamos este año, y nos ha parecido mejor no concretarnos a ningún asunto determinado, para llamar la atención de nuestros amados diocesanos sobre varias verdades.

Nuestra amada Diócesis se cruza de carreteras que, con el Ferrocarril Troncal de Occidente, le abren un risueño porvenir; pero esas mismas obras de progreso la están haciendo sufrir un espantoso retroceso espiritual que nos tiene alarmados grandemente, porque os amamos mucho, amados hijos nuestros, y no queremos que al progreso material corresponda el inmenso mal de la decadencia espiritual.

El progreso consiste en pasar de un estado menos perfecto a otro más perfecto. Pero el progreso no ha de entenderse ni verificarse solo en el orden físico u orgánico del hombre, sino también en el orden espiritual. Y porque el hombre no es materia sola, puesto que le anima un espíritu inmortal, el alma que es nada menos que un soplo del corazón de Dios (cf. Génesis 2, 7), por eso ha de progresar en su entendimiento por el conocimiento cada vez más perfecto de la verdad eterna que es Dios y de las verdades reveladas, y aun de las verdades de orden científico y natural en cuanto las haya menester para llegar al cielo; y ha de progresar en su voluntad, o sea en el orden moral, por cuanto ha de aspirar al infinito que es su origen y que es



su fin; ha de disponer a cada instante nuevas ascensiones en su corazón (cf. Salmo 84, 6) y ha de caminar hacia Dios, océano infinito de toda perfección y blanco único del verdadero progreso.

Como por otra parte el hombre ha sido creado para vivir en sociedad, de aquí que los hombres se reúnan para seguir adelante, hacia la meta anhelada del progreso. Pero la sociedad actual está encandilada con el prodigioso adelanto material, que todo lo arrolla como furioso torbellino; con la luz eléctrica, que se difunde en las calles de las ciudades y pueblos, como si el sol se hubiera quebrado en mil pedazos y se hubiera regado sobre la tierra para quitar a la noche su dominio; con los aviones, que atraviesan los espacios y van del uno al otro continente y del trópico a los polos; con los prodigios de la electricidad, que mediante las ondas hertzianas nos permite oír y ver a través de los mares y a distancias incalculables; con los telescopios, gigantes que acercan a la tierra los mundos siderales casi hasta poderlos tocar; con los grandes trasatlánticos, que surcan los mares como ciudades encantadas llenas de luces y de músicas; con los autos y camiones, que se deslizan con vertiginosa rapidez por nuestras carreteras llevando sobre sus lomos a los hombres y los artículos de comercio. Y no se fija la sociedad actual en que ese gran progreso material está sacrificando el progreso de las almas, no tanto en el orden especulativo y de las ciencias naturales, como en el orden sobrenatural y en el conocimiento de Dios y sobre todo en lo relativo al fin último del hombre, que es salvar su alma. En una palabra, nuestra sociedad entiende el progreso en un sentido naturalista, racionalista, materialista y liberal, y, lo que es peor, no solo lo entiende, sino que lo practica así.

Abrid los ojos, amados hijos nuestros, abrid los ojos. Si la escuela naturalista hace consistir el progreso "en el exclusivo desarrollo del elemento natural y en el sucesivo desenvolvimiento de todos los órdenes puramente naturales y humanos, en el predominio y preponderancia de lo humano sobre lo divino, de lo terreno sobre lo celeste, de lo temporal sobre lo eterno, de lo sagrado sobre lo profano, vosotros, como hijos de la Iglesia, aceptaréis sin restricciones la doctrina católica que cimienta el progreso en la subordinación del orden natural al sobrenatural, del orden humano al orden divino, y de la sociedad y de los pueblos a las inspiraciones católicas" (C. Casanova).

Si la escuela racionalista hace consistir el progreso en la completa destrucción de todo lo sobrenatural y revelado, en tal independencia del orden social de toda tutela sobrenatural y religiosa, y en las sustituciones de los cultos positivos y la religión revelada por los cultos y religiones puramente naturales, que pregona la actual civilización paganizada e indiferentes vosotros cristianos, que habéis nacido para conocer, amar y servir a Dios en este mundo y después verle y gozarle en el otro, reconoced y confesad el orden sobrenatural y no vayáis a permitir que la sociedad que vosotros formáis sacuda el yugo suave del Evangelio y cambie a Cristo y su culto por Belial y sus horrendas supersticiones.

Si la escuela materialista pone el progreso en el desarrollo de la materia sirviéndose del espíritu solo en cuanto ayude a la preponderancia de aquella, en el adelanto de la industria y del comercio, y en el refinamiento cada día mayor en la satisfacción de los apetitos carnales, con el más absoluto desprecio de toda idea moral y religiosa, alzad los ojos y levantad el espíritu, recordando que no solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca del

Señor. Recordad que no hemos nacido para lo terreno y caduco, sino para lo celestial y divino, que no nos ha dado Dios la vida para disfrutar de unos placeres miserables que pasan como el humo, sino para cosas mayores, como lo decía un pagano: *Ad majora nati sumus*. Hemos nacido para algo más grande que las cosas de la tierra.

Si la escuela liberal, en fin, hace consistir el progreso en la independencia del Estado de toda tutela y jurisdicción religiosa y, por lo mismo, en la secularización del organismo social, en las ilimitadas libertades del pensamiento, de la palabra, de la conciencia, de los cultos, o quisiere desligar la sociedad de sus deberes religiosos echándola por el camino de los grandes adelantos materiales con prescindencia de la divinidad y de los deberes para con ella, no olvidéis, amados hijos nuestros, que la sociedad se compone de unos mismos miembros, ya se la considere en el orden civil, ya en el eclesiástico, y que, por lo mismo, el progreso ha de ser armónico en lo material y en lo espiritual, sin que el brillo de los focos eléctricos ni los maravillosos descubrimientos modernos apaguen la luz sobrenatural; sin que el ruido de los trenes, los aviones y los autos cierren nuestros oídos a la voz de Dios; sin que la fiebre del comercio ni las preocupaciones sociales ni el esfuerzo colectivo por ir siempre hacia adelante nos alejen del camino que lleva a Dios. El individuo como tal y la sociedad como un compuesto de individuos tienen que tender a Dios sin cesar, y el progreso material no ha de ser un obstáculo para el verdadero progreso, sino antes bien una escala para remontarse hasta esa colina luminosa donde habita la luz inaccesible de la Divinidad.

Mas la falta de reflexión en los hombres de hoy llena de desolación la tierra como decía el profeta (cf. Jeremías 12, 11) y por eso nos, llenos de caridad hacia vosotros, amados hijos nuestros, queremos preveniros contra los innumerables peligros que para los individuos, las familias y las sociedades trae consigo este adelanto material no puesto en el orden perfecto en que debe andar.



¿Habéis visto esa multitud de hombres que trabajan en las carreteras? La mayor parte de ellos son víctimas del ambiente que en esos lugares se respira. Olvido de Dios, desprecio de los días santos, bailes, juegos, licores, gestos abominables, sonrisas que denuncian liviandad, molicie pavorosa, fornicaciones, adulterios, pensamientos lúbricos, deseos pecaminosos; es la carroza de Asmodeo, el demonio de la impureza, que arrastra una inmensidad de pueblos. De allá vuelven los hombres casados sin amor al hogar y los jóvenes marchitos en flor. Pobre esposa, pobres hijos: no pensaron que su esposo y padre iba a sucumbir en la banca o vía férrea al impulso del ambiente; pobre sociedad futura si los jóvenes pierden en la carretera la inocencia conservada en su montaña, la fuerza vital que asegura el porvenir de la raza y de la humanidad.

Agréguese a esto el hastío por las labores del campo, el abandono de la agricultura y hasta la pérdida de las energías, pues la labor lenta y perezosa en esas empresas debilita los titanes de ayer. Nada digamos de los gravísimos perjuicios causados en las almas de las doncellas y mujeres que habitan en las cercanías de las carreteras en construcción, y de otros males gravísimos que reclaman la mayor vigilancia por parte de los cristianos.

Y si de las carreteras en construcción pasamos a las carreteras construidas, cuánto bien procuran, pero cuántos males causan. Con la misma rapidez con que se trasladan los artículos de comercio y las personas buenas, se trasladan también los hombres y mujeres de vida *non sancta* a sembrar los frutos de corrupción que bien saben ellos infiltrar.

Cabalgando en las alas de un progreso fementido, vienen las modas del otro lado de los mares abrasando con fuegos infernales el casto pudor de nuestras mujeres, muchas de las cuales no sienten ya empacho en exhibirse semivestidas sin experimentar la más leve sensación de pena, ni teñirse del suave carmín que en otro tiempo era indicio de inocencia y de virtud. No es adelanto, es triste retroceso el que así arrebatara la vergüenza a la mujer y va reduciendo su indumentaria a la ínfima expresión. Triste es decirlo, pero es verdad lo que nos decía un venerable sacerdote, hablando del progreso de las modas y de la desvergüenza: "No se esfuerzen el papa, ni los obispos, ni los sacerdotes en cubrir a la mujer moderna: con tanta terquedad cierran los ojos y los oídos a los llamamientos de la Iglesia, que lograríamos cubrir con una venda los ojos de todos los hombres y echarlos así vendados a la calle sin una palabra de réplica, antes que cubrir a las mujeres, víctimas de la moda". Es el progreso de la masonería que paganiza a la mujer y acelera la catástrofe final.

Cuánta vigilancia, cuantos cuidados de parte de padres y madres de familia y de todo el pueblo cristiano en general, para que el bien tan grande del progreso material no redunde en ruina de las almas y desgracia de muchos hogares. Es deber de todo el pueblo cristiano bendecir a Dios por los dones del progreso, pero que el cultivo de la inteligencia y el ejercicio de las virtudes públicas y privadas, individuales y sociales, vayan a la par con el adelanto material, tal así como sobre ambos rieles se desliza seguramente y adelanta el tren. No perdáis jamás de vista estas palabras de nuestro Señor, que envuelven la síntesis del único y verdadero progreso: "Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre del cielo" (Mateo 5, 48).

No terminaremos esta instrucción pastoral sin llamaros la atención, amados hijos nuestros, sobre un peligro gravísimo que nos amenaza otra vez en este año, y es la disidencia en el partido del orden y de la libertad.

La Conferencia Episcopal de 1927 condenó expresamente las disidencias, como las había condenado ya S. S. Pío XI, el pontífice reinante, quien se expresa de esta manera: "Llénase de pena el corazón de un padre al ver a sus hijos dividirse y combatirse. ¿Por qué se confunde el bien común con el particular? La religión, la Iglesia y el papa tienen tanto el derecho como el deber de dar indicaciones y orientaciones que los católicos están en el deber de solicitar y en la obligación de seguir".

El secretario de estado de Su Santidad nos manifiesta en otro lugar lo que quiere la Santa Sede, a saber: que, bajo la dirección de los obispos, sean los sacerdotes sus principales cooperadores para fomentar la unión entre los católicos, tanto con la palabra como con el ejemplo.

La Conferencia Episcopal de 1927, que trató ex profeso el asunto de las disidencias, se expresa así: "Cuando se trate de dos parcialidades, aunque sean correctas (honestas, es decir, que no profesan doctrinas condenadas por la Iglesia), no favorezcan una más que otra".

Mas cuando alguna de esas corrientes se alía a los enemigos jurados de la Iglesia, o hay temor de ello (entre nosotros la amalgama con el liberalismo es visible), hay que favorecer la corriente que defiende los derechos de la Iglesia y oponerse con prudente energía a las corrientes coalicionistas.

No hay paz para los impíos, dice el Espíritu Santo, y nosotros tenemos que combatir sin tregua, por los intereses de la Iglesia, contra todos los que rechinaron sus dientes y se coaligaron contra el Señor y contra su Cristo. No estamos todavía como en México, pero más vale prevenir el mal e impedir que llegue, para no tener que llorar después con lágrimas irremediables la ruina de nuestras cristianas instituciones.

Esta pastoral será leída en dos domingos consecutivos después de su recepción, a la hora de las misas, en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en nuestro palacio, firmada por nos, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario el día 2 de febrero de 1929, fiesta de Nuestra Señora de La Candelaria.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos